

Un mundo bajo fuego

AFP

Por Eduardo Febbro

El primer hombre que apareció después del paso fronterizo de Karama entre Jordania e Irak fue un personaje menudo y sonriente que agitaba una mano en signo de bienvenida, mientras que en la otra mantenía la manguera de un surtidor de nafta. "Bienvenidos a Irak", dijo el hombre antes de señalar la manguera y decir "pueden servirse lo que quieran. Aprovechen, es gratis. Paga Saddam Hussein". Por ese entonces, unos días antes de la caída de Bagdad, el ex presidente iraquí estaba prófugo. Saddam se había esfumado del escenario político junto con los demás dignatarios del régimen y los famosos miembros de la Guardia Republicana a quien nadie vio combatir en la capital iraquí. Detrás de la estación de servicio había un grupo de gente delante de un edificio lujoso. Toda esa gente iba y venía sacando todo lo que se podía extraer del interior: ventanas, escritorios, armas, libros, veladores, sábanas, lápices, máquinas de escribir, balas y papel higiénico. El edificio era una dependencia del partido Baas especialmente concebida para los invitados de marca de la presidencia. Los que venían por tierra hacían un alto en aquel chalet construido en el medio del desierto y a cuya entrada había un inmenso retrato luminoso de Saddam Hussein.

El primer hombre con miedo se cruzó por el camino unos kilómetros después. Todavía se restregaba los ojos y no podía creer que la pesadilla había terminado. Para él, la pesadilla no eran los bombardeos norteamericanos sino el presidente de su país. "Al principio de la guerra –cuenta– salíamos a la calle a gritar Saddam, Saddam solamente porque estábamos muertos de miedo. La gente del partido nos obligó a fabricar trincheras y a apostarnos con armas en todas las esquinas. Cada vez que pasaban autos con periodistas disparábamos al aire para que nos vieran. Eso mostraba la imagen de un país combativo. La verdad era otra. Teníamos miedo." Los primeros signos de la guerra aparecieron unos kilómetros más adelante. La ruta entre Ammán y Bagdad estaba bombardeaba y en algunos tramos resultaba muy difícil poder pasar. A medio camino había un autobús bombardeado, camiones calcinados, tanques destruidos y un boquete por donde hubiese pasado un elefante. Después todo era desierto y, de vez en cuando, algún caserío perdido y mucha gente que saludaba con la mano o disparando al aire con las kalachnikov. Los primeros soldados de la coalición surgieron por sorpresa en medio del desierto. Un tanque solitario montaba la guardia contra un enemigo que no podía venir de ningún lado. La primera unidad de soldados norteamericanos irrumpió a la altura de un cruce de rutas: a la izquierda se iba hacia Basora, a la derecha hacia Bagdad. Los tanques, los autos, las casas y las calles eran un manojo de escombros. La guerra estaba ahí, en su forma más espectacular y trascendente. "Anden con cuidado, hay mucha gente armada dispuesta a todo", dijo el oficial. A la altura de los suburbios más alejados de la capital iraquí había gente en armas pero, sobre todo, lo que más abundaban eran los peregrinos, gente huyendo o queriendo volver a su casa, transportando a cuestas o en carros arrastrados a mano, lo poco que había podido salvar.

> El 19 de marzo de 2003, toneladas de bombas, sangre y fuego fueron desparramados por las FF.AA. de EE.UU. sobre Bagdad y otras ciudades e instalaciones iraquíes. Querían convertir un país entero en plataforma de un nuevo Medio Oriente. Fracasaron. A un año de esos hechos, el testimonio y el análisis de lo que pasó.

Bagdad se veía a los lejos, emergiendo lentamente de la nube de humo negro que cubría buena parte de la ciudad. El primer muerto fue un perro acribillado. Más adelante, en un auto con el parabrisas reventado, el cuerpo de un hombre muerto estaba recostado sobre el volante con la masa encefálica chorreando por el capot. Bagdad era un caos de disparos, de gente corriendo entre las casas con armas alzadas, un caos de cadáveres esparcidos por las calles. En medio de aquella mezcla de miedo, algarabía y desorganización, la gente salía a saquear lo que podía. Los muertos se cruzaban con los vivos, los vivos morían por llevar un colchón a cuestas. Las estatuas de Saddam aún estaban intactas, pero la gente estaba herida.Los médicos de los hospitales atendían a los heridos en la vereda. Adentro, a falta de luz, el clima era irrespirable. Bagdad se despertaba de la pesadilla para meterse en otra, para descubrir la interminable extensión de la otra pesadilla que acababa de empezar.

Un año después de aquellos días, las semillas del mal están intactas. Las armas de destrucción masiva (ADM) nunca aparecieron, fueron reemplazadas por armas de desaparición masiva. Los atentados perpetrados desde la caída del régimen dejaron cientos de muertos en el camino. Irak no tiene gobierno, ni bandera propia, ni unidad, ni paz, ni estabilidad, ni confianza, ni dignidad. Nadie sabe si el futuro existe. La guerra dejó un tendal de malos recuerdos. Las imágenes de la fiebre popular festejando el derrocamiento de Saddam son engañosas. La gente quemó retratos, destruyó los afiches con las fotos de Saddam, borró todos los signos visibles del antiguo régimen

pero no se sacó del alma ni la herencia de Saddam ni los heridos de la guerra. Como en Panamá y en Afganistán, para sacar a un hombre del poder Estados Unidos martirizó a un pueblo. Entre quienes lo vieron, ¿quién puede olvidar los ojos negros y secos de lágrimas de las mujeres iraquíes abrazando a sus hijos muertos? ¿Quién puede arrancarse de los oídos los gritos de dolor? ¿Quién puede olvidar las miradas vacías de los niños quemados por las bombas, su piel embadurnada por una pasta amarilla, sus dedos devorados por el fuego que vino del cielo? Mancos, sin pies, sin ojos, sin miembros, ciegos, heridos y sin Saddam. "Que lo dejen a él y me devuelvan a mi familia", gritaba una mujer mientras escarbaba los escombros de su casa buscando los restos de su marido y sus dos hijas.

"Nos va a ser difícil aceptar que Saddam Hussein no está más. Lo llevamos en nuestra sangre", decía un profesor de literatura. Un año más tarde, Saddam ha sido capturado, la sangre sigue corriendo y el presidente norteamericano continúa sonriendo. Saddam cayó como un cordero, se rindió como un cobarde y fue mostrado en la televisión como un pobre jubilado. Y sin embargo, su herencia está intacta. Por miedo a que se vuelva un lugar sagrado, los soldados de la coalición destruyeron el promontorio que Saddam había levantado en su honor en la localidad de Al-Daur, a pocos kilómetros de donde fue capturado. Su última humillación no puso fin a los atentados. Es, como dicen en Bagdad, la cuarta guerra del presidente: la primera fue contra Irán, la segunda, tras la invasión de Kuwait, se convirtió en la Guerra del Golfo, la tercera la lanzó el hijo de quien lo combatió en la primera (segunda Guerra del Golfo), la cuarta es la guerra del terror. "Todas las guerras que lanzó las pagamos nosotros", decía un médico iraquí. Y tenía razón. Sólo que esta vez es distinto. Todos esos muertos que dejó la segunda Guerra del Golfo también los vamos a pagar en Occidente. Los atentados en los trenes de Madrid son la respuesta simétrica y terrible a esos muertos. Ya no se asesina más a dirigentes políticos, a empresarios, ya no se golpea más el corazón del poder o a los símbolos. La respuesta está ahora dirigida a la gente como cualquiera, a los mismos trabajadores que morían en Irak, a los mismos niños que, como en Irak, nada tenían que ver con Al-Qaida, el petróleo, las Naciones Unidas o el partido Baas. Una tarde de abril en Bagdad, un alto dirigente chiíta sentenció "Occidente recién va a terminar de entender cuando la guerra sea diente por diente. Esa es la peor semilla que Saddam y Bush pueden dejar en esta tierra".

Pasaje de ida y vuelta a la barbarie

Robert Fisk estaba en Bagdad cuando el tirano gobernaba en pleno y cuando las primeras bombas cayeron el 19 de marzo del 2003. Hoy, en el aniversario de la guerra, regresa a esta tierra de caos donde la liberación es un mito.


AFP


AFP

Por Robert Fisk *
Desde Bagdad

Muertos de miedo, la semana pasada los empleados iraquíes sobrevivientes de la ONU cambiaron las patentes de sus autos blancos. A partir de ahora, no habrá ningún cartel que diga "UN" ("United Nations") al lado del número de patente. Cuando visité la sede central de la sociedad de la Media Luna Roja musulmana para hablar con el único representante de la Cruz Roja, el hombre en el escritorio señaló mi tarjeta personal y me miró a los ojos con un miedo evidente. Como si un inglés pudiera ser un potencial terrorista suicida.

De noche, en mi destartalado hotel, escucho los disparos y temo el ataque que muchos de mis invitados han estado prediciendo por semanas. ¿Llegará a la hora del almuerzo, cuando los mercenarios sudafricanos y británicos vuelvan de sus "operaciones de seguridad", armados hasta los dientes con sus automáticas Heckler y Koch, sus pistolas plateadas y sus camperas negras, listos para tomar cerveza y vino tinto francés barato? ¿O a las seis de la mañana, justo después de los rezos del fajr, con sus almas islámicas bien limpias para inmolarse entre los infieles y los cruzados? Cuento los minutos entre las seis y las ocho de la mañana, las horas en que atacan con más frecuencia. Ya perdí la cuenta del número de veces que las ventanas de mi cuarto se sacudieron durante el desayuno.

Cuando Haidar y Mohamed llegan para llevarme a Mosul o Basora o Najaf, me siento aliviado. Camino al sur, todos usamos pañuelos kuffiah alrededor de nuestras cabezas, dos iraquíes y un inglés disfrazados de jefes tribales recios para evitar a los atacantes en la Ruta 8. La semana pasada manejábamos con la primera luz del día –ah, el alivio de estar lejos del hotel a esa hora de la mañana– cuando el enviado presidencial norteamericano para Irak, Paul Bremer, llegó a la radio del auto. Nos acercábamos al lugar donde dos civiles estadounidenses que trabajaban para la ocupación fueron asesinados a balazos por hombres con uniformes de la policía iraquí. La radio empezó a crepitar.

Un año atrás, no había ningún problema en la Ruta 8. El monstruoso Saddam se había ocupado de eso. Si desde la Guerra del Golfo, en el '91, los ladrones estuvieron saqueando y violando en el norte de Basora, Bagdad era la tierra del orden y la ley. Allí, los saqueos y violaciones eran perpetrados por el gobierno, no la gente. Ahora es al revés. Todavía tengo un souvenir de mi último vuelo a Bagdad antes de la guerra: la etiqueta de mi equipaje del último avión real jordano que aterrizó en Irak antes de la invasión, el último en tocar suelo iraquí durante la dictadura. "Aeropuerto Internacional Saddam Hussein", dice. Como siempre, los pasajeros fuimos asaltados en la terminal. Diez dólares para inmigración, 20 para el hombre que revisó mi computadora, 40 para el que aceptó el papel del hombre que se había llevado los 20 dólares, y otros 20 para los soldados de la entrada.

Afuera llovía y nuestros neumáticos chirriaban en la ruta, pero Bagdad estaba iluminada como un árbol de Navidad. Las mezquitas estaban llenas de luz, los autos de la policía iraquí se adormecían bajo las palmeras, el follaje de olor dulzón bajo los faroles de la calle. ¿No sabían?, me pregunté una y otra vez. ¿No sabían qué era lo que se avecinaba? Me acuerdo de la última noche antes de la guerra. Había ido a comprar papel higiénico y apósitos y observé a un soldado en uniforme que llevaba a su hijito en sus hombros. La última licencia, pensé. ¿Los soldados iraquíes escribían poemas como Sassoon y Owen? ¿O sólo leían las novelas infantiles de Saddam, mientras iban al frente? En la farmacia, le hice un chiste al farmacéutico: le dije que me estaba vendiendo apósitos cuando era probable que en pocas horas la Fuerza Aérea Real lo bombardeara. "Sí", dijo. "Prefiero pensar que lo van a hacer." En esa época todos teníamos nuestros "guardianes", los hombres de Saddam en el viejo y corrupto Ministerio de Información, cuyo trabajo era mantenernos lejos de la pecaminosa política y cerca de las escleróticas manifestaciones antiestadounidenses de las calles y las interminables conferencias de prensa de los ministros jóvenes. Pero después de un rato, una vez que sus propios jefes hubieran sido sobornados, también les pagábamos a los guardianes. Les comprábamos su lealtad para que nos llevaran adonde quisiéramos, incluso hasta la médula de la coraza estadounidense, mientras los muertos del ejército iraquí rebotaban en la parte de atrás de las camionetas.

Las primeras bombas cayeron a miles de kilómetros de Bagdad, unos destellos naranjas que cruzaron el horizonte. Al día siguiente vinieron por Bagdad, y los misiles Crucero silbaron sobre nuestras cabezas para explotar cerca del palacio presidencial, el mismo lugar donde Paul Bremer, el supuesto experto norteamericano en terrorismo, ahora trabaja y se esconde como el procónsul de la ocupación anglonorteamericana.

Mientras la 101ª División de Infantería norteamericana se acercaba a Bagdad, una de las últimas ediciones de los diarios del partido Baas llevaba una pequeña foto en su última página. Un Saddam en uniforme, gordo y cansado aparecía parado en el centro. A la izquierda estaba su hijo Qusay, de traje y corbata y a la derecha Uday, con sus ojos dilatados y la camisa fuera del pantalón y una pistola que asomaba por encima del cinturón. El hijo amado que se va a drogar y a sembrar descendencia. ¿Quién pelearía contra la muerte de estos tres pilares del mundo árabe? A pesar de todo, Saddam pensaba que podía ganar. Ese destino –un peligroso aliado de todos los "hombres fuertes"– podría, de alguna forma, derribar a los norteamericanos. Siempre era fascinante escuchar a Mohamed Al Sahaf, el ministro de Información, cuando predecía la ruina de Estados Unidos. No sólo los patriotas iraquíes iban a destruir a los grandes ejércitos invasores: el calor los quemaría, el desierto los consumiría, las víboras y los perros rabiosos se comerían sus cuerpos. Desde los tiempos del califato, nunca antes se habían echado esas maldiciones sobre un invasor. ¿No fue Tarik Aziz el que advirtió a Washington en 1990 que 18 millones de iraquíes no podrían ser derrotados por una computadora? Y luego ganó la computadora. El presidente Bush y el primer ministro Blair tuvieron una seguidilla de sueños y pesadillas, animados por los norteamericanos proisraelíes de la derecha y el neoconservadurismo, los mismos que hicieron tanto por esta catástrofe y los que –ahora que todo se derrumba en pedazos– ahora trabajan tanto para minimizar la importancia ideológica de preguerra. Para ellos, Saddam era el todopoderoso, el terrorista de Estado cuyas ADM que nunca existieron y cuyas conexiones con los atacantes del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, que tampoco existieron, debía ser abatido.

> **Destellos:** ***Las meras bombas cayeron a miles de kilómetros de Bagdad, destellos naranjas que cruzaron el horizonte. Al día siguiente llegaron a Bagdad.***

Los estadounidenses desecharon todas las críticas. Eran ataques cobardes que sólo mostraban la desesperación del régimen, se les dijo a los periodistas. Pero aquellos tres iraquíes no estaban trabajando para el régimen. Hasta los baasistas se vieron obligados a admitir que esos ataques eran instigados solamente y únicamente por el soldado y las dos mujeres mismas. ¿Que quería decir esto? Por supuesto no nos detuvimos a preguntar. Luego se creó un nuevo mito. El ejército iraquí se había desvanecido, había abandonado Bagdad, se había cambiado con jeans y remeras y huido cobardemente. Bagdad no era Stalingrado. Sin embargo, eso iba a cambiar, peligrosamente, la narrativa de los últimos días de Bagdad. Hubo una terrible batalla en la autopista 1 en la ribera occidental del Tigris, donde las guerrillas de Saddam lucharon contra una columna de tanques estadounidenses durante 36 horas. Los tanques de Estados Unidos esparciendo metralla en una autopista hasta que cada vehículo, militar y civil, era un despojo incendiado. Caminé por la autopista mientras se disparaban los últimos tiros por los francotiradores, espiando los automóviles atestados con cuerpos chamuscados de hombres, mujeres y niños. Se habían tirado frazadas y alfombras sobre varias pilas de muertos. En la parte de atrás de un automóvil yacía una joven mujer desnuda, sus rasgos perfectos ennegrecidos por el fuego. Su marido o padre todavía sentado al volante, sus piernas amputadas bajo las rodillas. Por supuesto, los militares iraquíes se habían mezclado con los civiles, así que, al final, los norteamericanos les dispararon a todos. Fue una masacre. ¿Pensamos que los iraquíes lo iban a olvidar? ¿Qué es lo que más recordamos de esas semanas terribles que ocurrieron hace un año? En guerra, todo el día intentás mantenerte vivo y toda la noche te mantenés despierto por el ruido de los truenos y las explosiones de los aviones y las bombas que no te permiten dormir. Y después te tenés que mantener despierto y vivo durante todo el día siguiente. ¿Es realmente sorprendente que llegue un momento –cuando un hombre te muestra lo que pensás que es medio pan y resulta ser medio bebé– que el enojo sea la única integridad que queda? Las bombas de racimo son una creación nuestra. Y recuerdo con asombro cómo, en medio de disparos norteamericanos en el Tigris, de alguna manera logré llegar a la sala de emergencia del hospital más grande de Bagdad y tuve que chapotear por ríos de sangre entre las camas de hombres que estaban a los gritos, uno de los cuales estaba prendido fuego, otro pidiendo por su madre. Arriba, un hombre sobre una camilla empapada con una herida en la cabeza que era casi indescriptible. De su ojo derecho colgaba un pañuelo ensangrentado y la sangre chorreaba al piso.

Por días, en la ciudad, habíamos visto los videos de los noticieros de Basora y Nasiriya después de la "liberación". Habíamos visto los saqueos, vigilados de forma benigna por los británicos y los norteamericanos. Sabíamos lo que ocurriría en Bagdad cuando se detuvieran las luchas. Tal cual, un ejército medieval de saqueadores siguió a los norteamericanos hacia la ciudad, incendiando oficinas, bancos, archivos, museos, bibliotecas coránicas, destruyendo no solamente la estructura del gobierno, sino también la identidad de Irak. Los saqueadores estaban desorganizados pero eran detallistas, sobornables pero pobres. Los saqueadores vinieron en micros con blancos que obviamente eran arreglados con anterioridad, pero no tocaron los contenidos de lo que habían destruido. Eran pagados.

¿Por quiénes? Si Saddam les pagaba, entonces –una vez que los norteamericanos estaban en Bagdad– ¿por qué no guardar la plata e irse a casa? Por supuesto, encontramos las tumbas masivas, producto de las matanzas de los años de Saddam de vicio interno, durante muchos de los cuales tuvo como aliado a los poderes occidentales, y fotografiamos los miles de cadáveres, la mayoría de los cuales habían sido enterrados en la arena del desierto después de que Occidente no apoyara los levantamientos de los kurdos y los chiítas. La "liberación" llegó, un poco tarde, según nos decían sus familiares enlutados. Alrededor de 20 años tarde, para ser más exactos. A este caos y anomia llegamos. La oposición no sería tolerada por los victoriosos. Cuando señalé en este diario que los "liberadores" eran "una todopoderosa fuerza de ocupación nueva y lejana cuya cultura ni lengua ni religión ni raza los unía con Irak", fui denunciado por uno de los conductores de la BBC. Vean cómo las gente nos ama, dijeron los occidentales, de forma muy semejante a lo que solía decir Saddam cuando llevaba a sus acompañantes aduladores a visitar a la gente de Bagdad. Habría elecciones, constituciones, consejos gobernantes, dinero... no había fin a las promesas que se le hicieron a esta sociedad tribal llamada Irak. Después llegaron los grandes contratistas norteamericanos y los miles de mercenarios, británicos, norteamericanos, sudafricanos, chilenos –estos últimos, muchos fueron soldados bajo Pinochet–, nepaleses y filipinos.

> **Resistencia:** ***Entonces, las fuerzas de ocupación mataron a Uday y a Qusay, y encontraron a Saddam en su agujero y la resistencia se hizo más feroz.***

Y cuando comenzó la guerra inevitable contra los ocupantes, nosotros –las fuerzas de ocupación y, lamentablemente, la mayoría de los periodistas–, inventaron una nueva narrativa para escapar al castigo de nuestra invasión. Nuestros enemigos eran los intransigentes de Saddam, remanentes baasistas, creyentes sin salida en el régimen. Entonces, las fuerzas de ocupación mataron a Uday y a Qusay, y encontraron a Saddam en su agujero y la resistencia se hizo más feroz. Entonces nuestros enemigos eran ahora "remanentes" y "combatientes extranjeros" –Al-Qaida– ya que iraquíes comunes no podían estar con la resistencia. Teníamos que creer esto, ya que si los iraquíes se habían unido a las guerrillas, ¿de qué manera podíamos explicar que no amaban a sus "liberadores"? Al principio, se los alentó a los periodistas para que explicaran que la insurgencia provenía solamente de algunas ciudades sunnitas, "previamente leales a Saddam". Luego, la resistencia supuestamente se había confinado al "triángulo sunnita" de Irak, pero cuando los ataques se lanzaron al norte y al sur a Nasiriya, Kerbala, Mosul y Kirkuk se convirtió en un octógono. Una vez más se les habló a los periodistas de "combatientes extranjeros" –una incapacidad para comprender el hecho de que 120.000 de los combatientes extranjeros en Irak utilizaban uniformes norteamericanos.

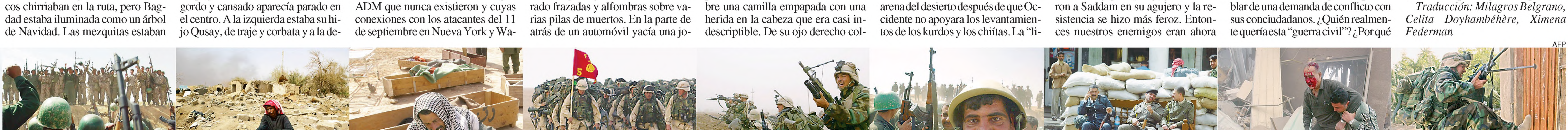
Sin embargo, no había fin a la mentira del "éxito" de la ocupación. Es cierto, las escuelas se reconstruyeron –y, saqueados por segunda vez, los iraquíes involucrados deberían estar avergonzados– y los hospitales fueron restaurados y los estudiantes volvieron a la universidad. Pero los números del petróleo fueron exagerados y tergiversados y se inventaron ataques contra los americanos. Al principio, el poder ocupante solamente hacía público ataques guerrilleros en los que soldados habían sido heridos o habían muerto. Después, cuando fueron por lo menos 60 asaltos todas las noches, se les ordenó a las tropas mismas que no realicen informes formales sobre las bombas o ataques que no habían causado bajas. Pero, para el primer aniversario de la guerra, cualquier extranjero era un blanco.

Mientras tanto, surgió el kamikaze. Las embajadas turcas, jordanas, las Naciones Unidas, las comisarías de todo el país –al menos 600 nuevos policías iraquíes muertos en menos de cuatro meses– y después los grandes santuarios de Najaf y Kerbala. Los norteamericanos y los británicos alertaron sobre los peligros de la guerra civil –y también lo hicieron los periodistas, por supuesto–, aunque jamás se escuchó a ningún iraquí hablar de una demanda de conflicto con sus conciudadanos. ¿Quién realmente quería esta "guerra civil"? ¿Por qué querrían los sunnitas, una minoría en el país, permitir a Al-Qaida esto cuando no podían derrotar a la fuerza ocupante sin apoyo, aunque sea pasivo, de los chiítas. Mientras escribía este informe, sonó el teléfono y una voz me preguntó si podía bajar a ver a un hombre, un iraquí de mediana edad y profesor en la Universidad de Cardiff, quien recientemente había vuelto a Irak sólo para darse cuenta del estado de temor y dolor en el que hoy vivía su país. Su madre, dijo, había logrado juntar un millón de dinares iraquíes para pagar el rescate para una mujer cuya hija y nuera habían sido secuestradas por hombres armados en Bagdad en enero. Las dos chicas habían llamado desde Yemen donde habían sido vendidas como esclavas. A otro vecino le habían devuelto a su hijo de 17 años después de pagar $ 5000 a hombres armados en la zona de Karada de Bagdad. Hace dos días (estoy escribiendo este artículo un viernes) otro niño fue secuestrado, esta vez en Mansour, y ahora están pidiendo $ 200.000 por su vida. Un familiar cercano de mi visitante –y recuerden que ésta es solamente la experiencia de una sola persona en una población de 26 millones de iraquíes– recientemente había sobrevivido a un ataque sangriento sobre su auto en las afueras de Kerbala. Yendo hacia el sur, después de ganar un contrato para regentear un estacionamiento en la ciudad, él y sus 11 compañeros en su vehículo AKEA fueron atacados por hombres armados. Un hombre murió –tenía 30 balas en su cuerpo– y el familiar, bañado en la sangre de sus amigos, fue el único que salió ileso.

No es sorprendente que las autoridades de la ocupación se nieguen a llevar estadísticas de la cantidad de iraquíes que murieron desde la "liberación" –o, lo que es lo mismo, durante la invasión– y prefieran hablar del "traspaso de la soberanía" de un grupo de iraquíes designado por los norteamericanos a otro, y a la constitución que solamente estemporaria y bien podría caerse a pedazos antes de que se mantengan elecciones reales, si es que se mantienen, el año que viene. Si hubiésemos podido prever todo esto, si hubiésemos sido pacientes y hubiésemos esperado que los inspectores de armas de la ONU terminaran su trabajo en vez de ir a la guerra para después pedir paciencia, cuando nuestros propios inspectores no pudieron encontrar esas tan temibles armas, ¿habríamos ido a la guerra de forma tan despreocupada hace un año? Esa guerra no ha terminado. No ha habido "fin de las operaciones de un combate mayor", solamente una invasión y una ocupación que se ha fusionado en una larga y feroz guerra de liberación contra los "liberadores". Así como los británicos invadieron Irak en 1917, manifestando su determinación de llevarles a los iraquíes la liberación de sus déspotas –el general Maude utilizó esas mismas palabras– hoy hemos repetido la triste narrativa. Los cuerpos de los británicos que murieron en la consiguiente guerra iraquí de resistencia hoy yacen en el cementerio North Gate en las afueras de Bagdad, un símbolo persistente aunque olvidado de la locura de nuestra ocupación.

* *De* The Independent *de Gran Bretaña. Especial para* **Página/12**.
Traducción: Milagros Belgrano, Celita Doyhambéhère, Ximena Federman



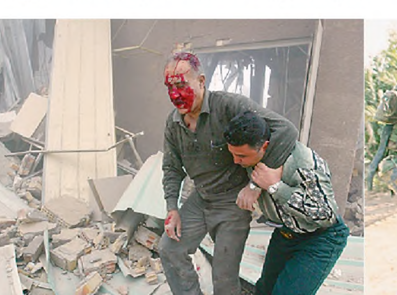













AFP



AFP

Donald Rumsfeld, el jefe del Pentágono, en los tiempos en que parecía el Napoleón de Medio Oriente.

DE LA ENTRADA EN BAGDAD AL DESBANDE

La guerra paradojal

Por Claudio Uriarte

"La primera baja en una guerra no es la verdad sino el plan original de guerra", dijo una vez el estratega militar prusiano Von Moltke. Otra vez, en una alocución ante el Colegio de Oficiales Alemanes, el mismo Von Moltke declaró: "He observado, caballeros, que en una guerra, por lo general, el enemigo tiene sólo tres caminos abiertos a su disposición, y él, invariablemente, elige el cuarto". Donald Rumsfeld, secretario de Defensa norteamericano, expresó algo parecido de acuerdo con su estilo más llano: "Un plan de guerra es como un presupuesto de familia –dijo–. Uno lo planea, y después nunca lo sigue". Edward Luttwak, estratega norteamericano del Centro de Estudios Estratégicos Internacionales, dijo también algo de esto al graficar el concepto clausewitziano de "fricción" –que no significa, como la gente vulgarmente se imagina, el enfrentamiento entre los ejércitos opuestos– comparándolo con los contratiempos de tres familias que planean una excursión de picnic a una playa, pero que fracasan en llegar a la hora elegida porque un nene se descompone, un auto falla, una estación de servicio está cerrada y, como resultado, llegan al lugar de destino cuando está todo lleno, y no pueden encontrar ni una sombrilla libre.

En cierto modo, esto es lo que tenía en mente Rumsfeld al combatir y ganarle al ejército la antigua noción de que la invasión a Irak requería una fuerza de unos 600 mil hombres: además de la fricción de movilizar semejante cantidad de efectivos y equipo, daba al enemigo una enorme cantidad de ventaja para la preparación de contramedidas. Pero esto no era todo: la decisión de atacar se tomó en agosto del 2002, aunque las incoherencias y vacilaciones internas de la administración Bush, que oscilaba entre el unilateralismo liso y llano y la búsqueda de un consenso internacional que era imposible de alcanzar (por la simple razón de que las potencias del orden internacional establecido difícilmente aceptarán como amabilidad lo que equivale a su violento trastrocamiento), determinaron que las primeras órdenes de movilización en serio recién pudieran empezar a emitirse en la Navidad del 2002, cuando sólo faltaban tres meses para que empezara un temible verano iraquí con tremendas tormentas de arena y la posibilidad del empleo iraquí de armas químicas y biológicas para las cuales las tropas norteamericanas requerían de uniformes de protección inusualmente pesados. De este modo, Rumsfeld hizo de la necesidad una virtud: el paladín del empleo de fuerzas livianas y letales, que acabaran con el doble tabú paralizante de la necesidad de fuerzas abrumadoras y el veto contra el lanzamiento de dos guerras importantes al mismo tiempo, contaba con la ayuda del cronograma y la temperatura.

> Fue la campaña de tanques más veloz de la historia. El contragolpe químico y bacteriológico no se verificó. Tampoco el Stalingrado bagdadí. Pero los problemas empezaron después.

Los augurios más exitistas de la guerra calculaban de ocho o diez días para la toma del país; las interferencias de los fedayines en Nasariya complicaron las cosas, pero los norteamericanos desviaron la ruta original, y los tanques estadounidenses, marchando a una velocidad record de 40 kilómetros por hora, llegaron a Bagdad en tres semanas. La perspectiva de una lucha casa por casa, de una especie de Stalingrado iraquí, no se verificó, por la simple razón de que el ejército iraquí se evaporó y porque gran parte de la población de Bagdad y del sur del país estaba compuesta por chiítas, enemigos jurados de Saddam desde que fueron gaseados en los tiempos de la guerra con Irán, no estaban muy entusiasmados por defender al padre de todas las batallas.

Pero con el triunfo en la capital se puso de manifiesto el reverso de las desventajas. Turquía, que había prometido la entrada desde el norte de la Cuarta División de Infantería, finalmente denegó el permiso, con lo cual esas tropas debieron avanzar desde el frente sur, impidiendo una rápida ocupación y supresión de la resistencia en el centro, el llamado "triángulo sunnita" delimitado por las ciudades de Faluja, Ramadi, Tikrit y parte de Bagdad. Eso se convirtió en el semillero de la resistencia. Pero después vinieron los problemas políticos. Rumsfeld había designado a un general retirado, Jay Garner, como una versión iraquí de Douglas Mac Arthur, y con un tiempo similar (cinco años) para reformular el país. Pero Bush cedió a la elección del Departamento de Estado, el experto antiterrorista (no es un chiste) Paul "Jerry" Bremer, que primero disolvió al ejército (dejando en la calle a millones de hombres armados y sin trabajo) y luego se abocó a formar un gobierno de papel tan representativo como el de Vietnam del Sur. En este esquema, se creó rápidamente un vacío de poder, donde Al-Qaida entró al país, los sunnitas empezaron a librar una guerra preventiva contra la mayoría chiíta, la mayoría chiíta demandó todo el poder y los kurdos recrearon su sueño de un nuevo Estado desgajado de porciones de Irak, Irán, Siria y Turquía. Estados Unidos entró en Irak para formar un nuevo país y ahora afronta el embarazoso desafío de salir de la mejor manera de al menos tres que creó al derrocar a Saddam Hussein.

"Las tropas no se van a retirar por años"

Por Mercedes López San Miguel

El futuro en Irak de la posguerra aparece con más interrogantes que respuestas para los que se lanzaron a la conquista de ese país del Golfo. *Página/12* habló con el estratega norteamericano Edward Luttwak, sobre las cuestiones que problematizan hoy los halcones de la Casa Blanca.

–A un año de la invasión de Irak, ¿no cree que fue un error?

–Sí, fue un error. Pero ahora ya está hecho. Hay una ventaja: no está Saddam Hussein.

–¿Cómo se sale del pantano de Irak?

–Mire, yo creo que el gobierno iraquí es el más representativo en el mundo árabe, suficiente para traspasar el poder y salir de Irak.

–¿No le parece que se vislumbra una guerra civil entre sunnitas, chiítas y kurdos?

–Yo creo que no, porque las fricciones entre las distintas comunidades iraquíes no adquirirán una forma de violencia extrema. Por ejemplo en Bagdad, hay todo tipo de violencia pero no religiosa entre sunnitas y chiítas. Es la suposición que tiene Al-Qaida de que esas facciones son extremistas como en Arabia Saudita.

–¿Qué sucede con los atentados, cada vez más sincronizados?, ¿qué puede decir de la fuerte resistencia?

–Todos pueden cometerlos. Eso no tiene que ver con una guerra civil.

–¿Habría una fragmentación entre los distintos grupos?

–Hablamos de estados artificiales. La dictadura de Hussein era particular: era cara, una situación peor que otras. Irak es un país pobre. Además, me parece que hay utilizado mal el dinero del petróleo.

–¿O sea que desde su perspectiva se cumple el calendario de traspaso de mando, fijado para el 30 de junio?

–La cuestión es a qué nivel llega el gobierno iraquí. Si uno quiere un gobierno como el suizo, para eso se necesitan como 1000 años más. Pero los norteamericanos se pueden ir mañana.

–¿Pero cuándo se retiran las fuerzas militares norteamericanas?

–No se van a retirar por años, por un indeterminado número de años que van a depender de cómo se dé la situación. Hay dos claves: que los efectivos se saldrán de la función actual de policías que llevan, ya no controlarán la población en las calles.

–¿El otro punto?

–Van a estar en bases militares en el desierto, para ejercer influencia, pero sin controlar como policías.

–¿De qué cantidad de efectivos se piensa?

–Unos 30 mil o menos, para controlar las fronteras y las amenazas posibles de vecinos, además de la situación interna.

–Con una multinacionalización de la guerra, es decir, el traspaso a la ONU, ¿podría ocurrir –por ejemplo– una balcanización como en Yugoslavia?

–La participación de la ONU es simbólica, es claro que no tiene la capacidad operativa; hablamos de Kofi Annan y su burocracia. En mi opinión, la ONU no puede controlar las tropas.

–¿Cuál supone que será la política exterior del demócrata John Kerry?

–Bueno, no muy distintas a las de Bush porque éste ahora ha cambiado su política unilateral.

–¿Eso cree?

–Está contemplando el aporte de Naciones Unidas.

–¿Se desarma la coalición?

–¿Lo dice por la declaración de los polacos?

–Sí, y después de la declaración de Rodríguez Zapatero respecto del retiro de las tropas españolas.

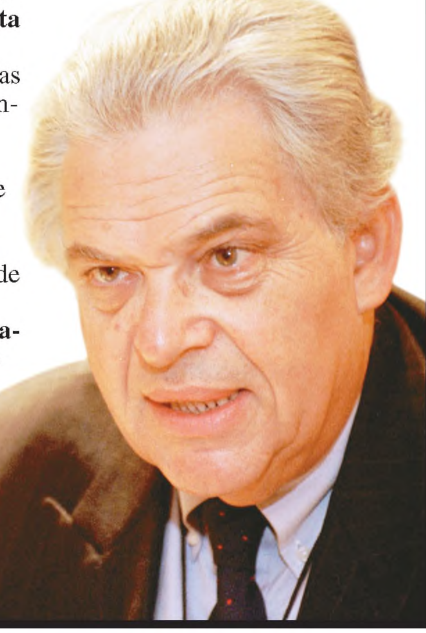
–Las fuerzas europeas en Irak son simbólicas, porque era lo máximo que podían aportar. Europa dice: si hay peligro, EE.UU. se ocupa.

–¿Atrapan a Bin Laden antes del 2 de noviembre, día de las elecciones norteamericanas?

–A Bush le vendría políticamente bien. De todas formas, en ésta, como todas las elecciones presidenciales en EE.UU., la economía va a ser lo que incline la balanza.

–Entonces, ¿quién gana?

–No lo sé.



AFP







